

A photograph of a young man and woman embracing on a train platform. The man is in the foreground, wearing a dark jacket and a watch, with his arms around the woman. The woman is wearing a blue top and has her arms around the man. They are standing on a platform with a metal railing. In the background, a train is blurred, and a crowd of people is visible. The overall mood is romantic and intimate.

JUEVES

*Hasta que el corazón
deje de latir*

ESTHER MOR

Jueves

Esther Mor

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este relato puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabado, o por cualquier almacenamiento de importación o sistema de recuperación sin permiso expreso de la autora.

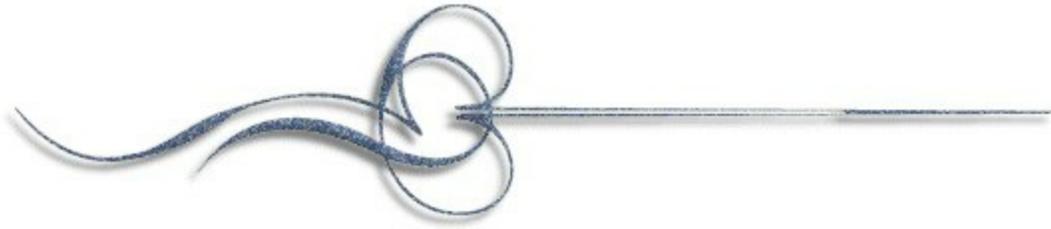
® Número de Registro SafeCreative 1707283158037

© Esther Mor

Primera edición: diciembre 2018.

En recuerdo de ese funesto día, e inspirado en la canción de La Oreja De Van Gogh que lleva este mismo título.

Para todos los que acudieron desde el minuto cero a ayudar y apoyar a las víctimas del atentado que nos despertó aquel once de marzo de 2004.

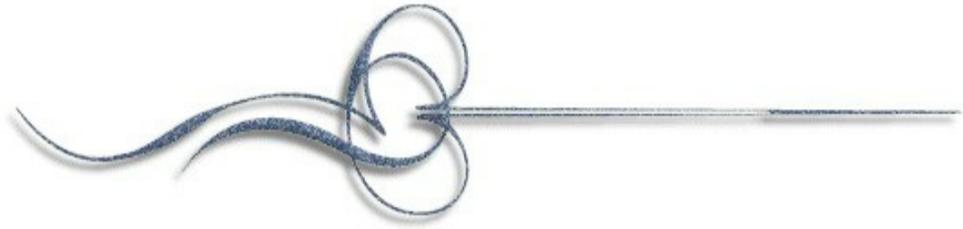


Cada mañana desde hace tres meses, Rubén coge el tren. Arancha sigue el mismo itinerario desde hace aún más tiempo. No son conscientes de quién descubrió a quién, debajo de bufandas, gorros y abrigos. Cuando uno mira, el otro no. Si por casualidad sus miradas se cruzan, ambos las desvían. Cosas de la inseguridad que tiene la juventud.

Hasta ese jueves. Haciendo un esfuerzo supremo, él consiguió reunir el valor y dirigir la palabra a la chica rubia que protagonizaba sus sueños de las últimas semanas.

Opina que han pasado así demasiados trayectos, y no va a dejar pasar uno más. Ese día está preciosa, con un abrigo tres cuartos Desigual que apenas deja unos centímetros de falda tejana a la vista, medias oscuras y tupidas, botas de caña baja y tacón de cuña.

El sueño debía hacerse realidad. Y se lanzó, se acercó a ella y comenzó a hablar. No era tan difícil, en realidad. Al miedo inicial siguió una complicidad inusual. Una conexión mágica que se activó con el primer contacto físico, un roce derivado de una sacudida espontánea del vagón que los arrojó la una a los brazos del otro. Un abrazo furtivo, cogido al vuelo y aprovechando el momento que les sacó una sonrisa a ambos. Más miradas, una caricia y un descubrimiento a dúo: dos almas enlazadas que, sin saber muy bien cómo es eso posible, se saben complementarias.



Primero fueron las luces.

Temblaron.

Alguien dentro del vagón dio un grito. O quizás fueron varios.

Ella se abrazó a mí, presa del pánico.

—Tranquila, seguro que tan solo es una avería, una bajada de tensión, o cualquier tontería electrónica —intenté tranquilizarla poniendo mi brazo alrededor de sus hombros y besando su sien. Lo hice de forma mecánica, sin pensar, tal y como surgió. Si lo hubiera pensado un segundo, no lo habría hecho. Llevábamos charlando unos veinte minutos, intensos, pero solo veinte. Ni siquiera conocía su nombre, ni ella el mío. Pensaría que era un aprovechado. Afortunadamente, ella no parecía molesta, todo lo contrario, más bien agradecida por mi gesto de protección.

—Esto te va a sonar muy raro, pero tengo que pedirte algo: Por favor, no me dejes sola —fueron sus palabras exactas—. Tengo un mal presentimiento.

—No lo haré, ni en sueños. Si tu no quieres, de tu lado no me pienso mover hasta que bajemos de este tren, te lo prometo —respondí, acariciando su cabello rubio y suelto. Le caía sobre los hombros y le confería un aspecto añorado y dulce. Recordé que en la primera ocasión en que coincidimos en ese trayecto, también lo llevaba así. Las otras veces se lo había peinado recogido. También estaba guapa, pero le sentaba infinitamente mejor el pelo suelto. Con lo que me había costado entablar una conversación con esa chica, que llevaba tanto tiempo cruzándome en mi primer trayecto de la mañana, como para ahora alejarme. No lo haría, ni un centímetro hasta que tuviera, al menos, su número de teléfono.

Tras la sacudida cómplice del vagón, el libro que llevaba en las manos fue la excusa que me permitió vencer la barrera de la timidez e iniciar una conversación. En muy poco tiempo, la conexión entre ambos era palpable.

Jamás había experimentado algo así. Y entonces, mientras reíamos compartiendo anécdotas de tren, sucedió.

El ruido fue atronador. Devastador. El golpe de algo impactando en mi cabeza, pero que, por suerte o desgracia, no me hizo perder la conciencia.

Y luego, la nada.

Fuego. Humo. Mucho humo. La mente no responde. El miedo me paraliza. No recuerdo, no sé dónde estoy.

Solo veo el humo negro y espeso que me envuelve.

El humo y la sangre y el miedo y el desastre y el dolor que me rodea.

El silencio.

El silencio rodeado de gritos y lamentos.

Ella, a mi lado, está inerte, ¿dormida?

Algo en mi mente se enciende. Al palpar de mi cabeza se unen mis pensamientos. Se magnifica el dolor. Se multiplica de forma exponencial ante lo que ven mis ojos, lo que siento y la atrocidad en la que me encuentro implicado. No puede ser, no hoy. No ahora que por fin me había atrevido a hablar con ella. No en el día en que sus ojos han dejado de huir ante mi mirada.

Me rodea la barbarie: hierros retorcidos, trozos de plástico, ropa a jirones, muerte en primera línea. La parca haciendo su particular y atroz agosto en once de marzo. No puedo marcharme y dejarla ahí. Inmóvil. No lo haré, y tomo entre mis brazos su cuerpo menudo, lo saco de debajo de todo el horror que nos rodea y busco las puertas que ya no son puertas, hasta el asfalto, lejos, todo lo lejos que me permiten mis fuerzas.

La miro una vez más. Aún cubierta de hollín y sangre su piel tiene ese aspecto aterciopelado de los melocotones de viña que tanto me gustan. Con los ojos cerrados, unas pestañas larguísimas toman el protagonismo de su rostro de muñeca de porcelana.

Me duelen las piernas. Y la cabeza, que me va a estallar, si no deja de latir. Pienso, por vez primera, en el silencio que me rodea: no puede ser real. Es imposible que todos esos rostros llorosos, todos esos gestos de impotencia, todo ese marco de dolor en el que estoy, esté mudo.

Entiendo lo que me sucede. Soy yo el que no escucha. Caigo en la

cuenta de que grito, hablo y no me escucho. Lloro, pido socorro, mis oídos no perciben nada. Llevo rato haciéndolo, y no era consciente.

Las fuerzas me abandonan y caemos. La chica del vagón y yo, sobre la acera.

Las primeras ambulancias van llegando al lugar, colapsadas por una marabunta de personas que necesitan ayuda. Yo no necesito ayuda, ella sí. La chica que me acompaña es a quién deben socorrer. No puede ser hoy, precisamente hoy, que iba a ser nuestro primer día, el último. Sollozo en el suelo, incapaz de sostenerla de nuevo. Me acuesto a su lado y mis lágrimas mojan su cara, su cuello, el pecho. Sin respuesta. Acaricio, como tantas noches soñé, su rostro dormido, los ojos cerrados, los labios rosados y sugerentes. Fríos a mi tacto desesperado, sin reacción por su parte.

Vuelvo a escuchar a mi alrededor. Lo oigo todo. Timbrazos de móviles que suenan. Mil y una melodías insistentes que no se responden. Gritos, aullidos, ahora sí. La realidad me golpea. Las sirenas de las ambulancias, de los coches de policía, de los camiones de bomberos, todas ellas tocan al unísono en este tétrico concierto, convirtiendo la calle en infierno. Ruidos que hacía segundos no existían, vienen todos a mi mente, sin esperas, sin guardar turno, y me colapsan.

Después, la nada.

Silencio.

Oscuridad.

Minutos. Horas.

Hasta que abro los ojos, balbuceando un nombre que se repite en mi cabeza, “Arancha”. Un rostro que lleva todo este tiempo en la nada junto a mí. Unos ojos que no han abandonado su lugar en mi memoria inmediata. Las miradas de alivio de mis padres, su alegría, me conmocionan.

—¡Un médico! ¡Un médico, Andrés! ¡Rubén está consciente! —Es la voz de mi madre, la reconozco, y también la de mi padre, murmurando un “Gracias, Dios mío” entre sollozos.

¿Qué ha pasado?

¿Dónde estoy?

Escucho. Recuerdo. La veo. Ella.

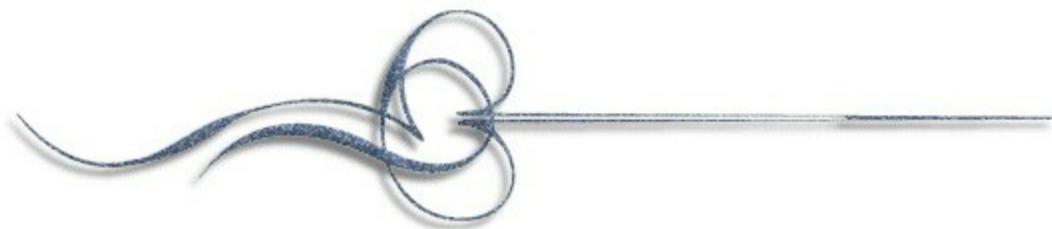
En el suelo, inerte a mi lado, en un flashback cruel. La vorágine de horror a mi alrededor.

Las lágrimas acuden a mi rostro de nuevo, caen mientras en mi memoria se repiten los últimos minutos. Su sonrisa tímida al acercarme al asiento que ha quedado libre a su lado y sus ojos brillantes por la emoción.

Hoy, jueves once de marzo de 2004, por fin había reunido el valor necesario para conocerla. Y me había dicho que se llamaba Arancha, que tenía diecinueve años y que uno de los motivos que le alegraban la mañana era coincidir en el tren con un joven de edad similar y hermosos ojos miel que la miraba durante todo el trayecto embelesado. Mucho más de lo que jamás habría imaginado.

Estoy seguro de no formular preguntas, pero las explicaciones me llegan sin pedirlo. No es la información que quería. ¿Y ella? ¿Dónde está Arancha? Prometí no dejarla sola, juré no apartarme de su lado.

—Hace unas horas hubo unas explosiones en Madrid. Tú ibas en uno de los trenes del atentado en Atocha. Es un milagro que salieras por tu propio pie de ese infierno. ¡Has vuelto a nacer, chaval! —escucho decir al hombre de la bata blanca que me examina enfocando una molesta luz directa a mis pupilas.



He intentado localizar a la chica rubia de mis sueños. Hay varias mujeres entre las víctimas mortales con su nombre. No llegué a preguntar su apellido, ¿cómo iba a pensar que el destino nos había marcado tan poco tiempo para disfrutar el uno del otro? Lo más probable es que la llevaran a otro centro médico, me comunican, vista mi insistencia. Los sanitarios que me recogieron a mí, no la recuerdan. No entiendo cómo es eso posible, si ella estaba ahí, conmigo.

¿Cómo alguien puede no recordar su cara de ángel, aún sin ver sus ojos abiertos o su sonrisa? Alegan la barbarie, el estrés de ese día maldito, demasiado horror concentrado.

Cae la noche en la ciudad conmocionada por los acontecimientos. La pesadumbre reina en mi habitación hospitalaria. Mantenemos el televisor encendido, aunque no se le presta atención. Mi madre, empeñada en no dejarme solo, se acomoda lo imposible en esas butacas odiosas de hospital. Cambia de canal cada vez que aparece la noticia del día. En su inocencia debe imaginar que si no veo las imágenes, no pensaré en ello, sin entender que esas mismas, e incluso otras más atroces, las tengo grabadas a fuego en el cerebro. De tanto en tanto cabecea, el cansancio la puede.

Por mi parte, no consigo conciliar el sueño. Cada vez que cierro los ojos las revivo. No me dejan dormir.

En mi cabeza escucho la voz de Arancha, repitiendo sin cesar la promesa que le hice.

"No me dejes. Tengo un mal presentimiento"

Una y otra vez.

Y otra.

"No me dejes"

No cumplí mi palabra. La abandoné en aquella acera fría. Y ahora no podré encontrarla, ni llorar ante su tumba.

La cuarta ronda de la enfermera de turno viene acompañada por una píldora y un vaso de agua, algo para ayudarme a relajarme y descansar, argumenta. Lo tomo con ansia, deseo finalizar este día y en el estado de nervios en el que me encuentro es imposible. Me duele la cabeza a pesar de los calmantes directos en vena.

Y eso que el dolor físico no es equiparable al que me consume por dentro. Ese es el que de verdad me destroza, el desconsuelo de quien pierde por minutos la esperanza de encontrar el alma que lo magnífica y saca lo mejor de uno mismo, el ser hecho justo y a medida para cada uno de nosotros. La injusticia de la vida que lo puso durante unos minutos en mi camino y luego me lo arrebató para siempre.

Los ojos se me cierran, al fin. La pastilla hace efecto rápido. Hace un rato que mamá dejó de hacer zapping y ya ronca en la butaca, tapada por una mantita ligera. Ella siempre lo niega, pero ronca un poco. Debo dejarlos, pesan tanto mis párpados, que al final sucumben al descanso artificial y químico, que supera lo que los médicos me han definido como estrés postraumático.

En sueños, todo parece volver al segundo antes de las explosiones. Veo su cara ante mí, sonriendo al decir su nombre. La siento casi a mi lado. Puedo oler incluso el perfume afrutado y dulzón de su cabello rubio. Un aroma que quedó tatuado en mi memoria olfativa y me persigue, a manzanas verdes y canela. Puedo, incluso, en este estado de vigilia semi inconsciente, reconocer el tacto de su mano acariciando mi rostro, ante mí. Y no puedo hacer otra cosa que sonreír a esa ensoñación que, recostada en la cama y abrazada a mi cuerpo me repite que está aquí, que no la he perdido, que siempre se va a quedar a mi lado. Si es eso que me dio la enfermera lo que provoca una imagen tan nítida, voy a necesitar muchas. Si es algo relacionado con mi conmoción, que los médicos no me la curen, porque no quiero sanar y perderla para siempre. Nuestras miradas quedan conectadas durante unos segundos, y la sensación de mariposas en el estómago revoloteando se eterniza.

"Me quedo contigo, Rubén, no me he marchado. No puedo."

Unimos nuestros labios un segundo que parece eterno. Y desaparece.

¿Estaban mis ojos cerrados o abiertos?

No lo sé.

Y no quiero saberlo.

Prefiero volver a cerrar párpados y coherencia, y que salga el sol por la mañana. O que no lo haga, que no llegue el día, y que ella aparezca de nuevo, ante mí. Vivir una noche eterna no parece un mal destino si así se mantiene a mi lado.

Pero esto no es así, La Tierra sigue girando, las horas de oscuridad se acaban. La luz se lleva mis sueños y despierto en la habitación. Sigo preguntando a las enfermeras, no llego a nada concreto. Nadie sabe de ella.

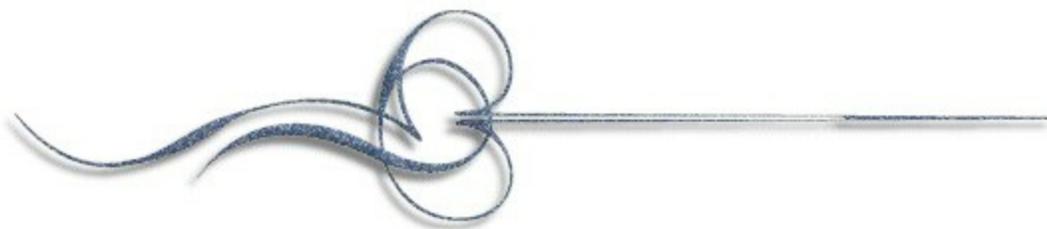
Ninguna de mis indagaciones ha dado el fruto deseado, y mi salud no se encuentra tan resentida como para necesitar atenciones constantes, por lo que me dan el alta cuando apenas han pasado 48 horas del atentado. Confirmado mi buen estado tras los scanner cerebrales, que no han dado muestras preocupantes por el golpe que recibí en la cabeza, ni de la sordera parcial de uno de mis oídos. Hacen falta más pruebas, pero es posible que recupere el oído en un tiempo. No me queda ya nada por hacer en la habitación que ha visto renacer este nuevo yo, durante estos días terribles.

Cada una de las dos noches pasadas en esa cama me ha traído la imagen de Arancha. Cada noche he recibido su beso frío en mis labios sedientos de su sabor. Cada noche el aroma de su pelo ha impregnado las sábanas de esa cama de hospital como por arte de magia, pues incluso las enfermeras, al cambiar las sábanas, lo han notado.

Mis padres, en las últimas horas de mi estancia, agradecen a enfermeras y médicos su actitud y constancia. Su paciencia por mis preguntas y obsesión por la muchacha que teóricamente me acompañaba. Insinúan que quizás no fuera real, sino otro síntoma del golpe en mi cabeza. Una invención de mi mente. Mentiras.

Yo vivo ajeno a esa realidad. Me pregunto si, de vuelta en casa, la presencia de Arancha será tan potente como mientras he estado ingresado en el hospital. Si volveré a escuchar su voz a mi lado, o a oler el perfume que emanaba de su cabello rubio. Llego a la conclusión, mientras recojo mis pocas pertenencias, de que no puede ser de otra forma, pues es lo que me ha

dicho. No va a abandonarme.



Las cuatro paredes de la habitación se convierten en mi refugio personal. Paso mucho tiempo encerrado. No tiene sentido salir, ¿para qué?

Después de llamadas a todos los hospitales de Madrid que no me han servido para nada, tres o cuatro días tratando de averiguar el paradero de Arancha, con los pocos datos de los que dispongo, me rindo. La he perdido para siempre, excepto en mis sueños.

Insisten en que vuelva a mi rutina. Médicos, amigos, familia, conocidos y desconocidos. Todos parecen saber lo que me conviene. Todos menos yo mismo, que no me siento capaz de ello.

Mi madre me obliga cada día a acompañarla a la compra, es la única forma de hacerme salir de mi cuarto. No quiero oír hablar de volver a la Universidad, y menos de ir en tren. No volveré a coger un tren jamás. No volveré a las clases, no puedo hacerlo. No sería capaz de concentrarme y no siento las fuerzas necesarias para enfrentarme a las miradas, a los comentarios, a los cuchicheos.

Dicen que necesito tiempo y paciencia. Es posible. Veo raíles y me enfermo. Veo multitudes y tiemblo. Un ruido más fuerte de lo habitual me descompone y cambio la cara.

Las noches son muy largas. Apenas duermo.

Me cuesta conciliar el sueño, aunque es lo que más deseo, dormir para reencontrar a mi recién estrenado amor. Cuando duermo, sueño con ella. Despierto también sueño con ella. Es una rueda. Dormir para pensar que está a mi lado y despertar para seguir soñando que la tengo frente a mí.

"No voy a separarme de tu lado"

En la noche escucho, apenas imperceptible, un susurro. Medio dormido,

abro los ojos. Ante mí, una mirada conocida y deseada. Su pelo rubio ondeando entorno al rostro que había guardado en lo más remoto de mi memoria para no perderlo.

"Estaré contigo cada noche mientras me dejen"

¿Es posible tener sueños tan reales? Siento incluso el aroma de su melena rubia a manzanas verdes y canela, impregnando la estancia. Ojalá pudiera dormir para siempre, pienso para mí. O lo digo en voz alta, no lo sé. Tampoco sabría decir si mis ojos están abiertos o cerrados. Solo sé que la imagen ante mí responde.

"No estás dormido. Estás conmigo."

Primero es como una luz que, conforme se acerca, se materializa hasta llegar a mi lado. Perfecta. Tangible. Tan real como yo. No me asusta, lo espero. Es por lo que vivo, por evocar en mi cabeza cada segundo pasado a su lado. Algo similar sentí en la clínica. De pronto, lo recuerdo. Y el poco sentimiento de intranquilidad que podría experimentar, se desvanece.

Hay algo en mi interior que me indica que no es un sueño. Enigmática, la imagen levita rodeando el lecho, con sus ojos puestos sobre los míos. Se sienta a mi lado, en mi cama, recostada sobre la almohada, insinuante y emocionada.

Puedo tocar su cara, besar sus labios, siento su temblor al rozarlos, suave, casi imperceptible. Temo que sea todo un sueño, incrédulo ante lo que estoy sintiendo. Su calor en el interior de mi boca, su sabor en mi garganta. El deseo en su piel caliente, tanto como la mía.

—Esto no puede ser cierto —alzo la voz, me importa poco que sean altas horas de la madrugada.

"Créelo", resuena en mi mente.

"No puedo ir a ningún lugar sin ti", continúa la aparición, mientras me besa una vez más.

"Ven conmigo", insiste el recuerdo de su voz, directamente en mi cerebro, pues compruebo que sus labios están cerrados, y que, aún así, se comunica conmigo. No abre la boca para hablarme, solo lo hace para besarme.

—¿Cómo? —acierto a preguntar, en voz baja —¿Cómo podría hacerlo?

"No puedo ayudarte con eso. Mi tiempo en tu mundo se acaba. No sé cuántas noches más voy a poder acompañarte. Tienes que encontrarme antes de que sea demasiado tarde."

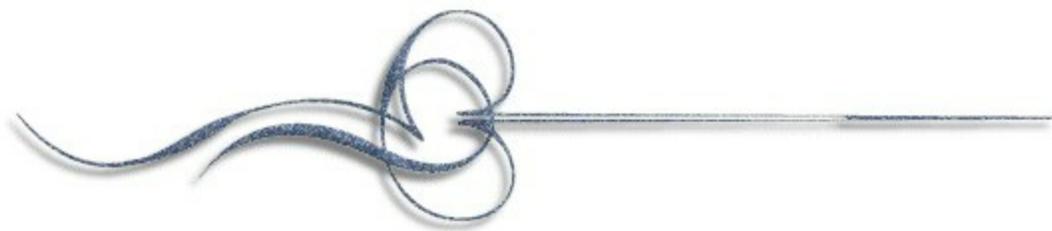
Tras la última frase, desaparece ante mis ojos. No es posible lo que estoy viviendo, me digo a mí mismo. Debo estar volviendome loco, me repito una y otra vez. Sujeto mi cabeza entre las manos y grito. No entiendo como mi vida dio un giro tan inesperado en apenas unos minutos. Ojalá hubiera perdido ese tren. No la habría conocido. No habría vivido ese horror. No la habría vuelto a ver. No sabría que su nombre era Arancha. No conocería el dolor de haber perdido algo tan valioso antes de poder disfrutarlo. Jamás habría sido consciente de lo mucho que la amaba sin haber cruzado una palabra. Ni existiría este mágico sentimiento, ni sería conocedor de la posibilidad de sentir un amor así de intenso.

El dolor es tan agudo que me ahoga. Mis sollozos despiertan al resto de la familia, y mis padres entran en la habitación preocupados. Aunque les cuento, no se creen lo que estoy viviendo, la experiencia que acabo de tener. Para ellos, todo es provocado por el shock emocional vivido. O por el golpe que me di en la cabeza.

¿Cómo pueden dudarlo, si el aroma a manzanas verdes sigue presente en mi cuarto?

¿Y qué es lo que tengo que hacer por Arancha? No puedo comprender. Ir con ella. Encontrarla.

Mi madre vuelve con una pildorita y un vaso de leche caliente. Dice que me ayudará a dormir. Trago y bebo. Y duermo. Y sueño con mi ángel rubio, que me vela al lado derecho del lecho, he percibido el movimiento cuando se volvía a tumbar. La puedo sentir ahí, mirándome. Incluso noto como me acaricia el pecho con sus dedos, como posa sus labios en mis mejillas y me desea buenas noches. Está aquí, conmigo. No puedo abrir los ojos porque la medicina hace su efecto, los párpados pesan demasiado, me obliga a descansar. No, ahora no... Quiero estar con ella...



Los días se suceden. Pasan, sin más. Desaparecen las lesiones más superficiales, los cortes y moratones. Las graves son las que no se ven a simple vista, los recuerdos, lo psicológico. Me obligan a visitar un especialista para que me ayude a enfrentar el dolor por lo vivido.

Ellos no creen mis percepciones. El loquero que han contratado, tampoco. Son los efectos secundarios de mis lesiones en la cabeza. Pero es que yo la veo perfectamente cada noche, a mi lado, junto a la cama. Me habla y me acaricia mientras duermo, rogándome que no la deje sola, que cumpla con mi promesa. Dejo de hablarles de ella, no quieren escucharlo.

Hoy los rayos del sol no me despiertan hasta bien entrado el día. Tengo una extraña sensación. No hay ningún ruido a mi alrededor. Me levanto y dirijo a la cocina. No hay nadie en casa. Es raro que mi madre no me haya avisado de que salía, que me haya dejado solo. Es la primera vez desde que me dieron el alta. Imagino que, como ya no comento mis extrañas alucinaciones, piensa que han desaparecido.

Paseo por mi hogar en silencio, observando todo como si no lo conociera: la librería, los sofás en el del salón, la mesa del comedor que solo usamos cuando hay invitados. Todo está como siempre, pero me parece diferente, ¿será cosa mía? Es muy probable. No debería confiar demasiado en mis sentidos, teniendo en cuenta lo que he estado viendo desde aquel día.

Me recuesto en el sofá y cierro los ojos, recordando los sucesos de la noche. Grabando los recuerdos en mi memoria, antes de que sea demasiado tarde para ello. Si sigo teniendo sueños tan reales, me volveré loco. Si intento razonar, la conclusión es clara: igual ya lo estoy. Obsesionado, desde luego. No consigo deshacerme de ese perfume a manzanas y canela. Me persigue de estancia en estancia.

"No puedo ir a ningún lugar sin ti", rememoro su voz en mi mente. Tan clara, exactamente igual a como la recuerdo. La sonrisa iluminando su rostro al decirme su nombre, "Me llamo Arancha", sentada a mi lado, en aquel vagón.

¿Es el fruto de mi imaginación? Me parece tenerla al lado ahora mismo. ¿De mi obsesión por encontrarla? Demasiados interrogantes sin respuesta.

Dejo sonar el teléfono tres tonos antes de cogerlo. Desde el hospital me confirman lo que ya hace días sabía, pero que me negaba a aceptar. Una de aquellas Arancha de la lista de víctimas es ella. La chica que yo buscaba con tanto afán antes de abandonar el centro se llamaba Arancha Vilches. Existía, no me la inventé. Cuelgo sin dar las gracias. El mazazo impacta sobre mi cabeza y mi corazón de forma simultánea. Me sacude y arrebató las pocas fuerzas que me quedaban.

¿Cómo sobrevivir? ¿Se puede?

Me duele siempre la cabeza. Necesito tomar un analgésico, algo que me permita poder aligerar mi mente del dolor físico y emocional.

En la cocina, en el armario sobre la nevera, están todos los medicamentos que me han prescrito los especialistas. Yo no fui capaz de concentrarme en qué era cada cosa y su función. Opté por ceder esa responsabilidad a mi madre. Sé que entre todas estas cajas con nombres técnicos y extravagantes hay algo que me servirá.

Tomo todos los blísteres y los pongo sobre la encimera. Cuento hasta siete píldoras diferentes. Las hay redondas y grandes, para disolver en agua. Otras son pequeñas, casi una insignificancia. Veo también las clásicas de forma alargada, con una muesca en su centro. Y cápsulas bicolors que transparentan granitos minúsculos en su interior. Estas siempre me han llamado la atención.

Fantaseo con la idea de "desmontar" esas capsulitas. Dejar caer los gránulos sobre la encimera. La fantasía se convierte en realidad en un breve lapso. Son pequeñas esferas de color blanquecino, perfectas, que ruedan bajo mis dedos al ejercer presión sobre ellas. Empiezo a contar, hay muchas, ¿cuántas? Me canso después de más o menos la mitad. No importa, en realidad.

No pienso, actúo. Abro otra. Y otra. Las alargadas tienen un tono algo

más crema. Es fascinante descubrir matices en el blanco. Arancha me dijo que me reuniera con ella.

"No puedo ir a ningún lugar sin ti". Las imágenes se suceden de nuevo ante mis ojos. La sangre, el terror, ese miedo que me paralizó el día y la vida. Quiero que estas imágenes desaparezcan, recordar una y otra vez la masacre es mucho más de lo que puedo soportar. Duele. Y aun duele más ver los ojos de Arancha, diciéndome *"No me dejes sola"*.

Coloco en fila india, sobre el mármol, un puñado de pastillas. Sus manos estaban cubiertas de sangre. Alguna me ayudará con mi dolor. Su cabello rubio se volvió carmesí sobre la acera. El malestar físico es soportable, el emocional es el más difícil de sobrellevar, ese atenaza el cuerpo desde la punta del cabello hasta la última falange del pie, y no se puede localizar. No volvió a abrir los ojos por más que se lo supliqué, antes de desmayarme.

¿Cómo acabar con ello?

"Mi tiempo en tu mundo se acaba. No sé cuántas noches más voy a poder acompañarte. Tienes que encontrarme antes de que sea demasiado tarde. Tienes que venir conmigo, seguirme al lugar donde yo voy. Prometiste no dejarme sola."

Tomo uno a uno cada comprimido, en el orden que he dispuesto para ellos, el que yo he inventado. Los deslizo a través de mi garganta, también uno a uno, alternando sorbos de agua. No temo. Encontraré a Arancha, me está esperando.

F in